1775-1

Intervención de Andrés Aylwin.-
(en presentación del libro).

Antes que nada, deseo dar un conjunto de agradecimientos.

Agradezco a Silvia Aguilera, a LOM Ediciones, que siempre me alentaron a escribir este libro. El proyecto lo dejé abandonado muchas veces pero ellos insistieron en que escribiera, y me alentaron a seguir adelante. Todo lo que se relata en estas páginas me consta personalmente. Desgraciadamente, tristemente, eso es lo que vi en mi entorno inmediato durante la dictadura de Pinochet.

Gracias a Carlos Huneeus por sus palabras. Creo que él representa a una nueva generación de chilenos profundamente estudiosos y comprometidos con el futuro de Chile. Una de las razones que tuve para pedirle que fuera uno de los presentadores de estas vivencias es que él ha escrito un libro impresionantemente documentado sobre la dictadura de Pinochet, un libro que todos deberían leer, un libro que entre otras cosas, revela esa íntima relación que existió entre la Derecha chilena y la dictadura militar. En este aspecto, en el prólogo del libro que hoy se presenta, Roberto Garretón expresa que en la "mesa de diálogo" un general señaló que no sabía por qué se hablaba siempre de "dictadura militar". Dijo, hay que llamarla "dictadura cívico militar". Es decir, una dictadura de la Derecha chilena y de los militares. ¡Eso es lo que fue!

Gracias Volodia. Un hombre profundamente comprometido con los derechos del hombre y que sabe expresar con profundidad y belleza los sentimientos, angustias, dolores y esperanzas de nuestro pueblo.

Gracias también a mi familia, a mi mujer, a mis hijos, porque cuando se lucha por los derechos humanos, los que más sufren son la familia. No es fácil pasar 17 años, todas las noches despertando con llamadas telefónicas que insultan y amenazan. ¡Vivir en la inseguridad permanente!. Ellos me acompañaron durante todos aquellos años tristes. Gracias a ellos pude compartir dolores y, después, he podido escribir este libro, con todas sus imperfecciones.

Gracias a los familiares de detenidos desaparecidos y ejecutados políticos, muchos aquí presentes, a quienes atendí como abogado. Yo me siento amigo de ellos y creo que ellos también se sienten amigos míos. Es una amistad, una hermandad, que nació en medio del dolor y ha perdurado a través de los años, procurando siempre una paz profunda basada en la verdad y la justicia.

Gracias al Cardenal Monseñor Silva Henríquez, quien salvó vidas y valores, iluminando nuestro camino en tiempos de crimen y oscuridad.

Recuerdo que en los años de la dictadura, cuando algunos abogados nos reuníamos y veíamos lo que pasaba a nuestro alrededor, cuando presenciábamos el crimen y el dolor en todas partes; cuando veíamos madres que buscaban desesperadamente a sus hijos vislumbrando la muerte o las torturas más crueles; cuando veíamos con desesperación que no había nadie a quién recurrir; cuando constatábamos la perversa complicidad de los medios de comunicación con la dictadura; cuando veíamos todo eso y mucho más, siempre nos decíamos: "algún día escribiremos sobre todo esto". Era la forma cómo vislumbrábamos que la historia haría la justicia denegada por las instituciones de su tiempo. Hoy cumplo, con este libro, con el imperativo moral que me impuse en tiempos de dolor generalizado, de sufrimientos increíbles de cientos de miles de chilenos.

Este libro es el relato de lo que vi. Son vivencias de personas concretas, historias de hermanos, de madres, relatos de personas sencillas. Por lo mismo, el libro no sólo ha sido escrito por mí, sino también por aquellas personas que en un momento me entregaron su confianza para defenderlos, y que después me abrieron sus hogares para conocer la larga tragedia que debieron vivir durante 17 años. ¡No es sólo el crimen sino, además, el brutal aplastamiento, hasta que fue derrotada la dictadura!.

Recordando sus casos, podremos constatar que los Tribunales siempre supieron lo que estaba sucediendo en Chile. Igual conocimiento tuvieron las

personas de Derecha que hoy alegan ignorancia. También recuerdo que frente a la denegación permanente de justicia y la legislación aberrante que se dictaba todos los días, los abogados defensores de las víctimas recurríamos a lo único que nos quedaba: los principios generales establecidos en la Constitución de 1925. Sin embargo, otro abogado, Jaime Guzmán, se preocupó que se dictara una norma que establecía que: "cada vez que un decreto ley atentaba contra la Constitución, se entendía que la había reformado". Así nos cerraban todas las puertas. Esa misma persona, en aquellos tiempos escribía a la Junta Militar diciendo: "nada de "dicta-blanda", el país necesita Dictadura". Es decir, más muerte, más tortura. Hoy me espanto cuando algunos quieren convertir a esa persona en líder espiritual, en líder moral. La verdad es que nunca serán líderes morales los que colaboran con una dictadura; sólo lo son los que luchan contra ellas. Y por ello recuerdo a un Jaime Castillo; y otra vez al Cardenal Silva Henríquez, al cual tal vez nunca Chile le ha agradecido todo lo que se le debe como promotor de la dignidad humana y de la paz en tiempos de barbarie.

El presente libro son vivencias de gente sencilla de nuestro pueblo, de nuestra clase media. Aquel tipo de personas que con su esfuerzo y sacrificio dan viabilidad a las grandes utopías, sin obtener ningún beneficio personal, y que llegado el momento de los grandes conflictos o derrotas son los primeros en los dolores y sufrimientos. He querido escribir sobre lo que vi que les sucedió a ellos después del golpe; y en los años siguientes. Los he ubicado dentro del contexto social, territorial, histórico, en que vivían a fin de procurar destruir la falsa historia que hoy se quiere escribir satanizando todo lo que había antes del "golpe", incluidos cooperativas, sindicatos, centros de madres, gremios; cientos de expresiones solidarias a través de las cuales los hombres y mujeres sencillas construían la historia procurando hacer las cosas no "contra los otros" sino "con los otros".

Es imposible nombrar hoy a todos los actores del presente libro. Pero entre los presentes quiero nombrar a una: la conocí en Paine organizando Centros de Madres; llegó en Octubre de 1973 hasta mi domicilio para

relatarme su drama: sus cuatro hijos hombres habían sido arrestados; también un yerno y el marido de su nieta. Recurrimos de amparo, y ella estuvo presente en la Corte Suprema cuando alegué tal recurso, junto a otras familias de los fundos"24 de Abril" y "El Escorial". Después del alegato se me llamó por el presidente de la sala respectiva para hacerme una pregunta impactante: "¿qué pretende usted con estos recursos si todas estas personas deben estar muertas?". En aquellos mismo días un abogado de Derecha me dijo: "ese sector quedó limpiecito".

Lo ciento es que los familiares detenidos nunca aparecieron, y hoy la señora Mercedes Peñaloza de Muñoz, con 91 años, con cinco tataranietos, sigue luchando y esperando.

Relato algo más: estas mismas familias a quienes durante 17 años se les negó por el Ministerio del Interior el arrestó de sus hijos; sin embargo, por resolución del Ministerio del Agricultura de 1975 se les usurparon sus tierras por ser padres de personas arrestadas en 1973. ¡Difícilmente, se puede concebir mayor arbitrariedad!.

También el presente libro relata ese otro drama de Chile: en forma paralela al terror se aplastó a todo un importante sector de la sociedad chilena. Los autores de este perverso crimen social son los mismos que hoy pretenden, en nuestra patria, dar lecciones de decencia y honestidad.

Parte importante de los presentes relatos se refieren a la forma cómo los medios de comunicación silenciaron los grandes crímenes y abusos y, más que ello, prepararon el clima para que imperara el terror y se alienaran las conciencias de muchos uniformados, después ejecutores de los delitos. Hoy resulta impactante leer lo que informaron "El Mercurio", "La Tercera" o "La Segunda" en los días anteriores, u horas antes, de los grandes asesinatos, entre ellos los que afectaron a los seres humanos a que se refiere el presente libro. ¿Cómo pueden eludir hoy sus responsabilidades morales aquellos que proporcionaron "ideologías" a los ejecutores

materiales de los crímenes, o aquellos otros que los silenciaron deliberadamente?.

Debo terminar: el libro queda entregado a ustedes. Sé que se publica en un momento de frustración, pesimismo, derrotismo de muchos de los que lucharon contra la dictadura. Se habla por algunos, incluso, de que sería natural la "alternancia en el poder". Me repugna pensar que recuperen el gobierno los que causaron tanto dolor a nuestro pueblo y que ya en el poder, lógicamente, no van a deshacer lo que construyeron, en su beneficio, bajo el terror.

Quiero expresar lo mismo en forma positiva: creo que del dolor de los pueblos nace el derecho a formas superiores de vida. Así, después de la primera Guerra Mundial surgió toda la legislación laboral; y después de la Segunda Guerra, se proclamaron las más importantes convenciones sobre derechos humanos. En este aspecto, el presente libro pretende ser, más que nada, modestamente, un llamado a la conciencia de la sociedad chilena a no olvidar jamás el imperativo histórico que pesa sobre nosotros de desmantelar lo construido por el terror y recuperar nuestra tradición histórica marcada siempre por el ascenso constante del pueblo a mayores niveles de democracia, justicia, participación y equidad, lo que es incompatible con diferencias irritantes que hoy subsisten y que nos apartan de una convivencia verdaderamente humana y solidaria.

